



III.- INSTRUCCION

Hay una palabra sobre la que no insistí bastante la última vez, es sobre la caridad amable que debemos tener entre nosotras. Y para comenzar, debemos darnos cuenta que el gobierno de la casa no es un gobierno severo, no se parece mucho al de san Columbano. Hay en sus Constituciones un artículo que señala el número de golpes que se deben recibir por cada falta. Trataré de daros unos ejemplos: si no se asiste al “Benedicite”, se reciben cinco; diez, creo, por no pedir la bendición antes de salir, luego quince, veinte, y sigue así; tenemos por aquí esa Regla.

En otras reglas, como la de los Trapenses, en la que se prohíbe hablar, uno concibe que se pueda tener un aire triste y ceñudo. La vida dura que ellos llevan, se levantan de noche, ayunan tres meses al año, trabajan sin cesar, expuestos a la intemperie de las estaciones, frío, calor, etc.... Todo eso explicaría que la alegría no reinase en todos los rostros, y sin embargo se encuentra impresa en los rostros de todos esos buenos religiosos. A mayor razón, nosotras, hermanas, que no llevamos las mismas cargas, no conviene parecer que estamos abrumadas por ellas.

Eliminemos de nuestro exterior todo lo que podría ser descortés. Que todo en nosotras muestre la caridad suave de la que debemos estar llenas. Y sin embargo, no deberíamos creer que tal persona cuyas maneras fueran más o menos educadas no posea nada de caridad. No, hay a pesar de todo eso, un fondo de dulzura: como el reformador de la Trapa. No era un hombre dulce, se lo aseguro, y sin embargo a pesar de su exterior un poco brusco, había en él una gran dulzura, equilibrada es verdad, con una gran firmeza. Es esa dulzura fuerte y firme la que quisiera ver en vosotras con las niñas, dicho sea de paso.

Los pobres Trapenses no pueden tener palabras dulces, no hablan. Pero las Visitandinas y las Asuncionistas, por ejemplo, pueden y deben esparcir la unción de la caridad sobre toda palabra que la misma caridad les hace pronunciar.

“Que las Hermanas se apliquen primero a meditar a menudo todos los pasajes de la Escritura donde se trata de la santa caridad; que escuchen al Espíritu Santo diciendo que aquel que no ama está en la muerte y que con todas las virtudes, todos los sufrimientos y todos los sacrificios, uno no es a los ojos de Dios más que un tímpano que suena y un timbal que resuena si no se tiene caridad”.

Vuelvo al comienzo. He aquí los dos medios que nos da la regla para adquirir esa admirable virtud de la caridad: la meditación y la oración. La oración es sin duda el medio más seguro y más excelente que podamos tener para obtener todas las virtudes, pero sobre todo ésta, según lo que se dice en las epístolas de san Juan: “La caridad viene de Dios”¹

Y en otra parte: “Dios es la fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna”². ¿Cuál es esta agua viva, sino la caridad? Así, a través de la meditación, obtendremos la caridad en el mismo seno de Dios.

Hay algunas personas que son llevadas a ponerse en presencia de Dios al comienzo de la oración, y luego permanecer ahí todo el tiempo. Aunque esta oración pasiva sea muy buena, es necesario estar ya muy avanzados en la meditación propiamente dicha, para poder entregarse sin peligro, sin temor de ilusión, sobre todo los que empiezan por los caminos de la oración. Es necesario que se alimenten primero de las verdades evangélicas que son como el tesoro de un alma. A continuación, al cabo de un año, de dos años, uno puede abandonarse a los encantos que se encuentran en su presencia, siguiendo en esto el beneplácito de Dios y la orientación de su superiora. En cuando las almas que tienen verdaderamente dificultad para meditar, como existe algunas veces, que sigan su atractivo, pero reflexionando durante el día sobre algún misterio y ocuparse de alguna palabra de Nuestro Señor que ellas tomarán como un ramillete espiritual.

Me decís a veces que es difícil ocuparse todo el día de Dios, que vosotras tenéis muchas reflexiones que hacer sobre tal o cual cosa, bastantes pensamientos que os preocupan. ¡Eh! Dios mío, suponed que las tengáis, decidme, os lo suplico, ¿qué os impide estar siempre cerca de Dios? Creéis que santa Teresa no estaba obligada a pensar en las fundaciones, no estaba ocupada por saber en qué lugar debía colocar a sus hijas: a una le convendría esta casa, ésta a otra, etc.. Y sin embargo ¿quién ama a Dios y piensa más en él que la seráfica Teresa?

Porque lo que se dice en la Regla de que nosotras meditemos todos los pasajes de la Escritura concernientes a la caridad, no hay que creer que se deban tomar uno tras otro, recorrer cada uno de ellos. No, sino saboreémoslos en lo más íntimo de nuestro corazón. Recemos a Nuestro Señor para que nos dé a conocer bien su sentido. El evangelio está lleno de sentido, empezando por los que cita la regla: “Aquel que no ama está en la muerte”.³

Y esta palabra de Nuestro Señor: “He venido para darles un mandamiento nuevo, que os améis como yo os he amado”.⁴

Cuantas cosas para meditar en estos dos textos, primero lo que es el amor, lo que es la caridad. ¡Oh! Si, es verdaderamente un precepto nuevo. ¿Quién, antes que el Hijo de Dios, habría podido decir: “Amaos como yo os he amado”

Nace en un pesebre, se convierte en el hijo del carpintero, se reviste de nuestras miserias y muere en el Calvario. ¿Por qué? Porque nos ama. ¡Oh exceso de amor de mi Dios! No te detienes ahí. En la Cruz rezas por tus verdugos, los arroyos de sangre que corren por tus llagas adorables convierten a los crueles que te ultrajan. ¿Es así como tú quieres que ame a mis hermanos? Si, Dios mío, quiero caminar tras el olor de tus perfumes y amar a todos los hombres porque tú no has desdeñado derramar tu sangre por cada uno de ellos.

¹ 1 Jn. 4,7

² Jn. 4,14

³ 1 Jn. 3, 14

⁴ Jn. 13, 34